

JUAN LUIS MÁRMOL FERNÁNDEZ

EL RETRATO Y OTROS RELATOS



EDICIONES PANGEA

JUAN LUIS MÁRMOL FERNÁNDEZ

EL RETRATO Y OTROS RELATOS

·EDICIONES·PANGEA·

Primera edición: diciembre de 2018

Del texto: © Juan Luis Mármol Fernández

De esta edición: © Ediciones Pangea, 2018
41720 Los Palacios y Villafranca, Sevilla
www.edicionespangea.com

Edición y corrección:
Juan Manuel Castillo Martín

Diseño de la colección y maquetación:
José Peña Fierro

Diseño de la cubierta:
Felipe Muñoz Peña

Retrato de la portada: *El Retrato*, María José Gordillo

ISBN: 978-84-949228-3-1

Depósito Legal: SE 2386-2018

Impresión: Podiprint
Impreso en España / *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A quien haya arrojado algo de luz en mí,
por muy pequeña o efímera que haya sido.*

*Sería injusto no mencionar a personas clave para
el desarrollo de esta obra:*

*A mis correctores y lectores beta, por sus impagables
consejos, no solo para este libro, sino para todo en la
vida, pero en especial a Juanjo y a Sara,
que me hacen mejor escritor.*

A los otros tres jinetes.

A Juanma y José, por darme voz.

Y a mi familia, por supuesto.

«Los cuentos son, de un modo u otro, espejos. Los usamos para explicarnos cómo funciona el mundo o cómo no funciona. Igual que los espejos, nos preparan para el día venidero. Nos distraen de las cosas que hay en la oscuridad»

Neil Gaiman

«Las historias nos ayudan para ennoblecernos, para arreglar lo que estaba roto dentro de nosotros y que podamos convertirnos en las personas que soñamos ser. Mentiras que cuentan una verdad profunda»

Robert Ford («Westworld»)

La casa

David y Pilar llevaban dos horas metidos en el coche. El reloj marcaba las seis de la tarde. El termómetro del vehículo aseguraba que la temperatura ambiente rondaba los veintitantos grados, pero la sensación que los dos ocupantes experimentaban era mucho más fría, algo normal para la época del año. La joven pareja estaba viajando a Málaga para pasar el fin de semana, aprovechando el puente de la Inmaculada. Se dirigían a Fuengirola, donde unos amigos tenían un par de pisos disponibles. El plan original era que todos pasaran ese tiempo juntos, pero los dueños recibieron la vista de unos parientes lejanos, por lo que las vacaciones se había convertido en un asunto familiar. No queriendo dejar tirados a sus amigos, les cedieron las llaves de uno de los dos pisos.

David conducía. Pilar se encargaba de ir cambiando la música para hacerla acorde a lo que

ella llamaba «el *mood* del viaje», que era la forma pija de decir «pongo la música que me dé la gana cuando me dé la gana». Esto no molestaba a David, porque ambos tenían un gusto similar. Quizá le exasperaba un poco que no dejase terminar las canciones. En cualquier caso, estaba siendo un viaje agradable. Él estaba esperando con ganas pasar el fin de semana con ella. De forma instintiva, llevó su mano hacia el pequeño bulto que había en el bolsillo de su cazadora, donde esperaba una eterna promesa de amor. Había sido una suerte que se quedasen solos.

A estas alturas de trayecto ya deberían haber llegado. Salieron desde Sevilla a buen ritmo, por la A-92. Pero, cuando dejaron atrás La Puebla de Cazalla, se encontraron con una congestión importante de tráfico. No eran los únicos que salían de fin de semana. Esto alteraba un poco el plan original, ya que la intención era disfrutar de viernes, sábado y gran parte del domingo en Fuengirola. Eso no se produciría, ya que David calculaba que llegarían entrada la noche, por lo que perderían un día entero.

—Podemos quedarnos también el lunes —sugirió Pilar—. Ellos no van a pasarse en todo el puente y no entramos a trabajar hasta el miércoles.

David sopesó las posibilidades. Ella no tenía que trabajar, pero él sí necesitaría ese lunes para

preparar otros asuntos. Quizá podría aprovechar la mañana del lunes allí y disfrutar el resto del día, aunque no le parecía adecuado trabajar fuera, sin los recursos que tenía en su casa. Eso multiplicaría la tarea y restaría eficacia.

—Tendríamos que haber salido antes. Pero bueno, lo podemos ver —dijo, mientras trataba de adivinar en el horizonte si el tráfico se des congestionaba.

Se estaban acercando a Antequera, lo que significaba una hora más de camino con un ritmo normal.

«Ojalá hubiese alguna forma de llegar más temprano», pensó David, mientras bostezaba. Estaba cansado, llevaba mucho tiempo conduciendo, con los pies en tensión constante por las reducciones de velocidad del atasco. Notaba cómo los ojos le picaban, protestando por la falta de sueño de los últimos días de trabajo sin descanso. Pilar lo notó.

—Cariño, no estás bien. Deberíamos descansar un poco. Tomar un café o algo —sugirió. Sacó su móvil y empezó a teclear—. Odio que nunca aparezcan las señales de áreas de descanso cuando las necesitas... A ver... ¡Ah! Se supone que en cinco kilómetros hay una. Tienes que tomar la salida...

David quiso protestar, porque eso retrasaría la hora de llegada. Sin embargo, un leve error

al volante, que casi tiene consecuencias graves, acabó por convencerlo.

Pasaron quince minutos hasta que divisó la salida. El cielo se estaba encapotando y amenazaba lluvia. Ellos contaban con que el clima no acompañaría del todo durante el fin de semana, por lo que tampoco les importaba demasiado esa circunstancia adversa

El coche tomó la salida y se adentraron en una vía secundaria. El bar de carretera no estaba en primera línea, por lo que dedujeron que debía encontrarse un poco más adentro.

—¿Cómo se llama este sitio? ¿Lo pone ahí?

—Eh... no. Solo dice «área de descanso con hostel restaurante», pero poco más. Hay un par de comentarios de usuarios. No dan muy buenas opiniones, aunque para descansar un rato servirá, digo yo.

—Pues yo no veo nada cerca, la verdad. ¿Seguro que es por aquí?

Pilar volvió a consultar su móvil mientras David le daba más revoluciones al limpiaparabrisas. La carretera por la que circulaban ahora estaba perdiendo calidad en el asfalto y tuvo que reducir un poco más la velocidad, ya que las lluvias estaban haciendo mella en el carril.

—Según el GPS de mi móvil estamos a... Espera un segundo, está cargando... —Pilar lanzó

un suspiro prolongado—. Mierda. No tengo cobertura. Pero antes de entrar aquí juraría que esto estaba más cerca.

David no dijo nada. No le hacía gracia tener que seguir adelante por esa carretera, cada vez más apartada de la autovía, pero no podía maniobrar para dar la vuelta. Había demasiadas rocas y árboles a ambos lados de la vía, que, a medida que avanzaban, era más estrecha.

—No me extraña que tenga dos comentarios y ambos sean malos. ¿Quién abre un hostel de tan difícil acceso? Tendríamos que haber seguido, lo sabía...

Pilar no contestó. Se limitó a guardar su móvil y mirar al frente.

Un tenso silencio continuó durante dos minutos, interrumpido solo por el chirriante sonido del limpiaparabrisas, que se veía desbordado por la ferocidad de la lluvia. A esa banda sonora se le sumó un ruido mucho más horrible.

—¡No me jodas! Lo que faltaba —gritó David mientras luchaba por controlar el vehículo.

El pinchazo había sido delante, estaba seguro. Afortunadamente no iba a mucha velocidad, pero el mal estado del carril y la lluvia fueron suficientes para que el joven perdiese el control del coche, que se dirigió de forma irremediable a una zona de arbustos.

Tras el pequeño choque, el motor dejó de responder. David se giró hacia Pilar.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Ella negó con la cabeza, aunque se llevó la mano al cuello.

—No, no. Solo un pequeño tirón... ¿Y tú?

David negó. Intentó hacer que el contacto de la llave devolviese la vida al coche, pero no había manera. La lluvia caía ahora con especial violencia. Pilar alzó el móvil para ver si lograba cobertura, algo que David imitó.

—Joder... ¡Joder! ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Pilar.

—No lo sé —replicó su novio—. ¿Estaba muy lejos esa venta? Quizá podríamos llegar andando. Lo mismo tienen un teléfono...

Pilar observó el temporal y luego volvió a mirar a David. Este captó el mensaje, pero no veía otra solución. No parecía que fuese a pasar nadie por allí, y eso era desalentador en varios niveles. La chica se dio por vencida y accedió al plan de David. Ambos cogieron sus paraguas y salieron del coche.

La potente lluvia impedía que viesen con claridad. Además, el frío hacía que las gafas de David se empañasen, lo que dificultaba mucho más la tarea.

—¿Y bien? ¿Recuerdas más o menos la dirección? —preguntó David a gritos.

—No tenía pérdida, se supone que si seguimos el carril llegaremos.

Así que la pareja emprendió la marcha. Caminaron durante un buen rato. Los paraguas hacían su trabajo lo mejor que podían, pero el viento provocaba que el agua les empapase de cintura para abajo. Pilar sentía cómo los pies se le entumecían por el frío. David, cada pocos segundos, se palpaba el bolsillo de la chaqueta para asegurar que la cajita seguía allí. Continuaron andando, aunque no vieron aparecer ningún tipo de establecimiento. No había ni siquiera señales que indicasen la cercanía de una venta o la salida a la carretera. La tensión se empezaba a notar. El joven acusaba ya el cansancio, y eso le ponía de muy mal humor. Por su parte, Pilar se sentía culpable, en cierto modo, por la situación en la que se encontraban pero... ¿cómo iba a saber que esto sucedería?

En cualquier caso, ninguno quiso hacerle saber al otro lo que rondaba por sus cabezas.

Al cabo de un rato, la idea de regresar pasó por la mente de David.

—Aquí no hay ninguna venta ni mierda. Debemos volver y esperar en el coche a que mejore el tiempo —dijo el chico—. Y, cuando esté mejor, regresamos a la carretera para buscar ayuda.

Pilar no estaba muy conforme con la idea, pero estaba empezando a encontrarse muy mal por

culpa del agua helada en sus pies y sus ropas. «Y encima me estoy meando», pensó. Cuando estaba a punto de dar su brazo a torcer, David dijo:

—Un momento... ¿es eso?

A un lado del camino, unos cuantos metros más adelante, se alzaba una casa. No parecía una venta o un hostel, pero era un techo en el que podrían refugiarse. Además, las ventanas proyectaban luces. Aceleraron el paso y llegaron al edificio.

Se trataba de una casa de dos plantas, bastante grande. No había ningún vehículo aparcado, pero las luces estaban encendidas. Grandes ventanales mostraban el interior de la planta baja. No se apreciaba actividad.

—Quizá estén durmiendo —dijo Pilar.

—¿Y se dejan todas las luces encendidas? —preguntó David, extrañado.

—¿Qué más da? Llamemos. Espero que nos puedan ayudar...

Se acercaron a la puerta. Era de madera, pintada de rojo. La fachada de la casa era blanca. No encontraron ningún timbre, así que llamaron directamente en la puerta. Para su sorpresa, esta cedió. Empujaron la hoja hasta dejarla abierta completamente y observaron con atención el interior de la casa. Un largo pasillo llevaba a una escalera que se hallaba al fondo, mientras que

varias puertas y aberturas se extendían a ambos lados del corredor.

Algunos muebles se encontraban en los espacios que había entre puerta y puerta, con varios marcos de fotos rodeando lámparas verdes, todas encendidas. Una larga alfombra roja cubría el suelo del pasillo, de parqué.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —preguntó David, sin obtener respuesta— ¿Hola? Hemos tenido un accidente y necesitamos usar un teléfono o algo. No tenemos cobertura en el móvil...

El silencio reinaba en el interior de la casa. La lluvia había dado una pequeña tregua en su virulento caer. David y Pilar se miraron y decidieron entrar.

Traían barro en los zapatos, a pesar de haberlos limpiado con insistencia en el felpudo, por lo que decidieron quitárselos. Para su sorpresa, el suelo desprendía un agradable calor, por lo que dedujeron que la casa tenía la calefacción puesta.

David volvió a llamar, alzando un poco más la voz, pero la respuesta fue la misma.

—¿Qué hacemos? —preguntó la chica, que intentó reprimir un escalofrío, pero eso solo hizo que temblase con más fuerza—. La verdad es que me vendría muy bien secarme un poco...

—Pues ve al cuarto de baño... Yo creo que voy a buscar un teléfono o algo.

—Sí, claro, voy al cuarto de baño de unos desconocidos que no están en casa. Una casa que está perdida en medio de la nada. Tú no ves películas de miedo, ¿no?

David la miró un instante, reprimiendo una respuesta que sabía le traería problemas. En su lugar, dijo:

—Haz lo que quieras, yo voy a intentar hacer una llamada. Y si, por casualidad, llegan los propietarios, se lo explicamos y ya está. Además —señaló el mobiliario—, no parece que sea gente incivilizada. Quiero decir, ¿has visto qué casa más impresionante?

—Pues sí... es muy bonita —admitió Pilar—. ¿Dónde crees que estará el baño?

—¿Es que no ves películas? —replicó David con sorna— Siempre es al fondo, a la derecha.

Pilar avanzó despacio por el pasillo. Mientras caminaba, aprovechó para mirar por las zonas que estaban abiertas a ambos lados. En una de ellas vio una gran biblioteca, con una chimenea apagada. Encarándola había dos elegantes sillones. Al fondo del corredor, había una puerta. La abrió con cuidado y se sorprendió. Tenía ante sí el cuarto de baño.

Era una habitación mediana, cuadrada. Había una gran bañera con mampara. «Anda, en mi casa había una así», pensó. Decidió que, ya que estaban allí, se podría dar una ducha caliente,

aunque antes tendría que aliviarse. Se desnudó y dejó la ropa en un radiador que llenaba la estancia de un agradable calor. A continuación, se sentó en el váter. Mientras hacía sus necesidades no pudo evitar un cierto aire de familiaridad. No era solo que la bañera fuese la misma que tenía en su casa cuando era pequeña. Había algo más, pero no estaba segura de qué podía ser.

Terminó y, tras limpiarse, se metió en la bañera.

Mientras tanto, David había entrado en varias salas buscando el teléfono. Pronto empezó a perder la esperanza de que hubiese uno allí, pues no había encontrado ni un triste televisor, lo que le hizo pensar que quizá era una casa de vacaciones, de fin de semana. «No, eso no tiene sentido», se corrigió, «esto está demasiado bien cuidado. Aquí vive gente».

En efecto, la casa estaba en perfectas condiciones. Le sorprendió no encontrar ni una mota de polvo en los muebles. Todo estaba perfectamente ordenado. Y era mucho más grande de lo que parecía. Estaba terminando de inspeccionar una de las habitaciones (dedujo que era una sala de estar, ya que había varios sillones en el centro, con estanterías llenas de libros en todas las paredes), cuando algo llamó su atención. En una de las repisas destacaba una colección de novelas clásicas exactamente igual que la que él tenía en

su casa cuando era pequeño. En ella se incluían historias como *El Conde de Montecristo*, *20.000 Leguas de Viaje Submarino* o *Drácula*. Con estos libros se había criado y, perdiéndose por sus páginas desarrolló un amor por la literatura que lo marcó para siempre. Le apasionaba tanto que logró hacer de su afición su carrera, trabajando como editor en una pequeña firma que publicaba libros de aire nostálgico, casi *Pulp*.

Aquellos libros tenían para él un valor incalculable, y esperaba que un día, cuando tuviese hijos, pudiera cederlos como si fuesen un valioso tesoro. Una punzada de culpabilidad le sobrevino cuando recordó que se encontraban todavía en una caja en casa de sus padres, esperando que fuese a recogerlos, así que se prometió que, al regresar, saldaría esa deuda pendiente.

Como Pilar parecía tardar, el joven decidió pasar el tiempo como mejor sabía: releyendo uno de aquellos libros. David echó un vistazo y sacó uno al azar. Abrió las páginas de *El Fantasma de la Ópera* y aspiró hondo mientras dejaba correr las hojas entre sus dedos. «Madre mía, si hasta huelen igual», pensó. Se acercó a uno de los sillones, se sentó y comenzó a leer.

En el baño, Pilar había entrado en la bañera tras encontrar un albornoz para secarse. Abrió los grifos y comenzó a dejar correr el agua caliente. El entumecimiento empezó a desaparecer y

pudo, por fin, relajarse. Sentía que toda la presión y tensión acumuladas en las últimas horas se estaban diluyendo por el desague. A decir verdad, estaba preocupada con este viaje. La idea de pasar tanto tiempo a solas con David pesaba mucho, pues hacía un tiempo que sentía que las cosas no estaban bien entre los dos.

No era algo que él hubiese hecho, pues la trataba muy bien. Sabía que la quería y, en el fondo, ella también sentía lo mismo. Pero una sombra de dudas envolvía esos sentimientos. Esta pausa en el viaje, en realidad, le vendría bien para acortar la estancia, en la que tendría mucho que pensar. Quería tomar una decisión para su futuro y este fin de semana podría servir como ensayo. La convivencia entre los dos, la vida en pareja, no era algo que hubiesen podido poner en práctica debido a su trabajo. Ella no vivía en Sevilla, sino en Córdoba, donde había nacido. Allí ejercía como profesora de inglés en un instituto privado, lo que le reportaba buenos ingresos y suficiente independencia como para poder disfrutar de un piso para ella sola. Le gustaba ese tipo de vida y no sabía si estaba preparada para llevar un compromiso tan grande. La relación no era a distancia, porque Sevilla y Córdoba no están tan lejos, pero sí lo suficiente como para mantener un espacio que a ella le parecía mucho más cómodo que a David.

No obstante, decidió que no pensaría más en todo eso hasta el día siguiente, cuando estuviesen tranquilos en Fuengirola. Ahora solo quería darse un baño. Cogió un bote y vertió parte del contenido en la mano. Empezó a masajear su cabello y a disfrutar del olor a lavanda... Un momento. Ni se había dado cuenta. Por instinto, eligió el bote de champú, sin haber echado un vistazo a los demás. Sabía que debía coger ese... porque era el mismo que usaba de niña. Un champú que no se fabricaba desde hacía años. Y allí estaba. La joven sintió algo que hacía mucho no experimentaba, una sensación de bienestar y calma que, por mucho que lo intentaba, no conseguía con David.

Pilar alejó ese pensamiento de su cabeza y decidió disfrutar del baño. Ya lidiaría con eso más adelante.

David llevaba un buen rato leyendo. Había olvidado lo mucho que le gustaba *El Fantasma de la Ópera*, el miedo que le hacía pasar. Luego estrenaron el musical, que era una maravilla, pero alejada del tono de la obra en que se basaba. Entendía que en las adaptaciones hay que cambiar cosas, pero siempre pensó que, por muy tenso que fuese el momento de la interpretación del Don Juan del Fantasma en el musical, la escena de los espejos era clave.

Aquella parte de la obra le gustaba tanto que había cometido una osadía impropia para alguien que trataba con un respeto exagerado los libros: acotar el texto con un lápiz. Lo había leído tantas veces que sabía de memoria la página. La 266. Era el final del capítulo, un relato del Persa sobre los acontecimientos ocurridos en los sótanos de la ópera. Las líneas finales antes del capítulo titulado «La Cámara de los Tormentos». David se dirigió a ese punto del libro con rapidez. Allí estaba:

«Un silencio aplastante pesaba sobre nosotros. Y mi linterna roja seguía dando vueltas por la cámara de los tormentos..., la reconocía, sí... la reconocía».

El joven también la reconoció. Un repentino escalofrío hizo que el libro se resbalase de sus manos.

Permaneció un instante sin reaccionar. No podía ser cierto, ¿no? Eso no podía estar ahí. Temeroso, recogió la fantasmagórica novela del suelo. Volvió a la página 266. Para el observador externo, aquello podría tratarse de una mera casualidad. El inicio de la cámara de los tormentos es un punto clave en la novela, y no serían pocas las personas que lo habían marcado para volver más adelante. El propio David había visto a gente hacer eso. Señalaban un párrafo con el lápiz, o

hacían una marca en la hoja, para luego volver y reescribir el pasaje en cuestión, analizarlo o publicarlo en Facebook con una foto con la obra para darle un toque profundo .

Pero aquello no era una simple marca. No era un asterisco ni un guion. Era una palabra pequeña escrita con una letra diminuta. Solo decía: aquí. Escrito del puño y letra de David cuando tenía 10 años, con un trazo muy delicado. Tanto que costaba verlo sin una buena iluminación.

Era una locura.

Asustado, se levantó del asiento y se dirigió a la estantería. Estudió los lomos de todos los libros que habían estado en su colección. No recordaba haber dejado más marcas en otros. Mientras pasaba los dedos por los libros, se detuvo en uno que quizá podría servir para su propósito. Este era *El Tulipán Negro* de Dumas. Aquel no le había causado tan buena impresión. No es que fuese un mal libro, pero no terminó de engancharle. Lo dejó cuando apenas llevaría unas... ¿sesenta, setenta páginas? No estaba seguro. Pero sí sabía que, quizá algún día, cambiaría de opinión y volvería a darle una oportunidad. Y querría retomarlo por donde lo había dejado. Así que insertó un marcapáginas para no perder el punto exacto de su última lectura. Era una estampita de Fray Leopoldo, que había cogido de casa de su abuela, donde solía leer aquellas novelas.

Siempre le había causado un poco de incomodidad la mirada de aquel hombre, aunque se suponía que debía provocar paz. En ese instante, David pensó que Fray Leopoldo le devolvía la mirada más terrorífica de la historia.

El chico soltó el libro y salió de la habitación.

¿Cómo diablos habían llegado aquellos libros a aquella casa? Sus libros. Empezó a asustarse y decidió investigar por el resto de habitaciones para tratar de averiguar quiénes eran los dueños de aquel lugar.

Pilar estaba mucho más tranquila, ajena a todo lo que estaba pasando David. Había tenido uno de los mejores baños que recordaba. No disfrutaba tanto de aquello desde su niñez. Habría estado horas y horas haciendo formas con la espuma, sumergida en las cálidas aguas, de no ser porque esa no era su bañera. Pero se sentía tan bien. Igual que cuando salió y se puso el albornoz. Su textura tenía el equilibrio justo para secar bien sin reñir con la suavidad.

Se acercó al radiador para comprobar el estado de su ropa. Parecía que aún estaba un poco mojada, por lo que necesitaría varios minutos más. La ropa interior estaba bien, así que decidió andar con ella y el albornoz mientras se secaba el resto de sus prendas. Además, la temperatura de la casa era ideal.

Salió del cuarto de baño y empezó a buscar a David. Como no lo veía por ninguna parte, pensó que debía de estar en las habitaciones de arriba. Le pareció un poco extraño que no hubiese estado insistiendo para que terminase el baño, aludiendo a una posible «pillada» por parte de los propietarios. O anunciando que había encontrado ayuda. Él quería tenerlo todo bajo control en todo momento y eso la desesperaba un poco.

—¿David? —preguntó, sin obtener respuesta.

La planta superior no tenía tantas habitaciones como la de abajo. Al llegar al final de la escalera, un pasillo similar ocupaba el centro, aunque era un poco más amplio. No escuchaba tampoco actividad de David en esa planta, así que decidió investigar por su cuenta. Todas las puertas permanecían cerradas, salvo una, en el otro extremo del pasillo, que estaba entreabierta. La habitación quedaba orientada hasta la parte trasera de la casa. Se dirigió hacia allí y llamó, pues no quería asustar a su novio. Al no escuchar a nadie, abrió la puerta.

Las paredes estaban decoradas con motivos infantiles. Una sola cama. Muñecas de trapo encima de un armario. Aquella era la habitación de la hija de los dueños, sin lugar a dudas. David no estaba allí, pero decidió echar un vistazo de todos modos.

«Esta gente es rica», pensó Pilar al entrar. Había multitud de juguetes perfectamente ordenados en varias estanterías. Muñecas, juegos de mesa, peluches... todo lo que podría nombrar estaba allí. También había material para manualidades y pinturas. Una ojeada le bastó para comprobar que la niña que debía de dormir en esa habitación sentía debilidad por las artes, ya que en las paredes estaban colgadas varias de sus obras. Por el trazo y la temática de los dibujos, expuestos en el orden cronológico con que fueron creadas, Pilar dedujo que estaba en el cuarto de una chica de once o doce años.

Pero no solo se dedicaba a pintar. Repartidas por la habitación había muchas figuritas de barro, hechas a mano por la misma autora de los dibujos. Pilar sonrió al recordar que ella también las hacía de pequeña con su madre, a quien le encantaban. Una punzada de tristeza se tradujo en una lágrima por su mejilla al recordarla. Había fallecido unos años atrás. Pero no dejó que aquello le afectase en ese momento. Fue duro al principio, todo le recordaba a ella y le causaba dolor, hasta que supo transformarlo en felicidad.

Su madre le había regalado un juego de alfarería con el que pasaba tardes enteras modelando, deshaciendo y volviendo a construir. Luego, por las noches, cuando su padre se acostaba y

madre e hija se quedaban a solas, las pintaban a mano, con todo lujo de detalles.

No se sorprendió cuando encontró la caja del juego de alfarería entre las pertenencias de la niña. Sí le llamó la atención lo añejo que era el diseño, pero pensó en que algunas casas de juegos de mesa estaban haciendo retroclones para tocar la fibra sensible de los adultos como ella, que tanto echaban de menos su lado infantil.

Con sumo cuidado, Pilar abrió la caja. El contenido había sido usado varias veces, pero devuelto con pulcritud a su sitio. Su madre se lo había recalcado en multitud de ocasiones. «Si no se limpia correctamente, corres el riesgo de que quede inservible», decía. Era un consejo que encerraba una amenaza velada del tipo «y si lo rompes, no vas a tener otro igual». Varios paquetes de barro esperaban a que les diesen forma. La joven no pudo evitarlo y pensó que podría hacer una figurita para la niña de aquella casa, por si no llegaba a conocerla, a modo de agradecimiento.

Y como si volviera de nuevo a su niñez, se sentó en el suelo y se puso a moldear.

David estaba en una de las habitaciones de la planta baja. Estaba revolviendo los cajones, abriendo puertas de armarios, mirando por todas partes. Buscando alguna pista que le indicase de

quién era aquella casa. Hacía bastante rato que una sensación muy incómoda se había agarrado con fuerza a su nuca y, a cada paso que daba, iba aumentando. Además, se lo estaba guardando para sí. No quería molestar a Pilar con lo que probablemente fuese una pura casualidad ... Sí...

Habían tenido un accidente y hacía frío antes de entrar en la casa. Quizá el golpe le había afectado un poco más de lo que pensaba. Aun así, de nada serviría estar en aquel sitio si no lograban cobertura. Su teléfono no tenía ningún tipo de señal y, para colmo, la batería había decidido tomar un descanso, por lo que no sabía ni qué hora era o cuánto tiempo llevaban allí.

En aquella casa no había relojes ni teléfonos. Era bastante frustrante.

Siguió rebuscando por los cajones de una silla cuando algo llamó su atención. Al principio no se había fijado en la foto, que observó ahora con detenimiento. Se trataba de una familia alegre. Un padre, una madre y su hijo, de picnic con el perro de la familia.

Lo primero que vio fue el perro. Era un pastor alemán precioso. Le encantaba esa raza, ya que él había tenido uno cuando era niño. Lamentablemente, un día salió corriendo y un coche no pudo evitar atropellarlo. Lloró toda la noche cuando se enteró. Se llamaba Bobby.

El mismo Bobby que estaba siendo acariciado en la foto que David estaba viendo en una casa desconocida. Acariciado por un niño al que una mujer rodeaba con los brazos bajo la atenta mirada de un hombre. Era una foto de sus padres. Y el niño era él, por supuesto.

Un terrible espasmo que sacudió su cuerpo le hizo reaccionar. Había permanecido clavado en el suelo, incapaz de moverse y de apartar la mirada de aquella imagen. Se acordaba con exactitud el día en que fue tomada. Había sido uno de los mejores fines de semana que recordaba, un día de campo, comida en familia, juegos...

—¡Pilar! —gritó mientras salía de la habitación.

Asustado, empezó a abrir todas las puertas que podía, buscando a su novia. La chica no estaba por ninguna parte y, de repente, la atmósfera cálida y acogedora de aquella casa mutó en una terrible broma macabra de mal gusto.

¿Quién estaba detrás de todo esto? ¿Cómo sabían que ellos dos acabarían buscando refugio en ese sitio?

—No tiene sentido... no tiene puto sentido —se repetía David mientras buscaba a Pilar entre las habitaciones.

Había llegado a la cocina. Un amplio ventanal en la pared del fondo daba a un extenso patio trasero, con una terraza en la que había dispuesta una mesa y varias tumbonas. Ya no

llovía, por lo que pensó que Pilar podría estar allí fuera. El patio consistía en un jardín enorme, un gran claro de césped rodeado de árboles tan frondosos que David era incapaz de ver más allá. En circunstancias normales le habría llamado mucho la atención la presencia de tantos árboles en aquella región, pero su mente solo podía concentrarse en encontrar a Pilar para salir de allí cuanto antes.

David gritó repetidas veces el nombre de la chica en vano. Estaba desesperado y agotado. Justo cuando iba a regresar oyó un ruido proveniente del bosque. Aunque el cielo seguía encapotado por las nubes oscuras, la luz de varias farolas repartidas por el jardín le permitió comprobar el origen de aquel sonido, que cada vez se aproximaba más. Era el alegre trote de un perro, que salió al claro.

Un pastor alemán.

Bobby.

David no podía reaccionar. Se quedó paralizado en medio del jardín mientras contemplaba al perro que había muerto veinte años atrás dirigirse alegremente hacia él. Tampoco se movió cuando Bobby empezó a olisquear su mano, ni se inmutó con los lametones que el perro le daba.

Solo podía repetirse una y otra vez que aquello no era real, que no podía estar pasando. Sin duda debía tratarse de otro perro. Hay muchos

pastores alemanes en el mundo. Lo más normal es que los dueños tuviesen uno. Pero David sabía que se estaba engañando. Aun entre mil pastores, él reconocería siempre a su perro Bobby. Y este estaba ahí, esperando las caricias de su antiguo amo.

Un ladrido sobresaltó al chico, que no pudo hacer otra cosa que dar media vuelta y salir corriendo en dirección a la casa. No se fijó en si el perro le seguía o no, aunque podía escuchar cómo ladraba. La vista se le había nublado y solo podía enfocar el camino de regreso a la puerta. Por eso, quizá, no pudo ver el movimiento que realizaba una silueta en una de las habitaciones de arriba.

Pilar estaba enfrascada en la tarea de dar forma a una niña pequeña. Se estaba imaginando cómo sería la habitante de aquel cuarto, pero no había fotos ni nada que pudiese servirle como modelo. Tuvo que conformarse con uno de los dibujos que había encontrado colgados en un corcho. Representaba a una niña con su madre, y en ella se basó.

Comenzó humedeciendo la arcilla, que dividió en varios trozos para hacer las distintas partes del cuerpo. Una pelota para la cabeza, cuatro pequeños cilindros para brazos y piernas y un pegote para el torso. La chica trabajaba con dedicación

y paciencia. Pronto unió cada una de las partes y conformó una personita.

Sacó las herramientas de la caja y empezó a trabajar en los detalles. Por supuesto, tenía que ser una niña alegre, así que dibujó una amplia sonrisa. Los ojos estaban entrecerrados a causa de la expresión de felicidad. Decidió que tendría un vestido hasta las rodillas, y añadió un poco más de material, con el que rodeó la parte inferior.

Mientras hacía esto, recordó las tardes con su madre. Casi podía escucharla en ese momento ...

—Muy bien, cielo, eso es... —decía por encima de su cabeza—. Aunque quizá te hayas pasado un poco con la falda, ¿no crees?

La chica rio al darse cuenta de que su madre tenía razón. Empezó a recortar los pedazos sobrantes de arcilla y entonces tuvo una revelación.

—Con esto puedo hacer el pelo, ¡que se me había olvidado! —dijo, y, entonces, madre e hija empezaron a reírse juntas.

Pilar no se había sentido tan alegre desde hacía muchos años. Su corazón volvía a latir con fuerza ante el recuerdo de las tardes con su madre. Una vez finalizada la parte escultórica, llegó la que más le gustaba a Pilar, porque era en la que madre e hija trabajaban juntas.

—Tú las partes del color carne y el pelo y yo la ropa —le dijo a su madre—. Creo que debe ser rubia, pero como tú veas más claro, mamá.

Al decir esto, se giró hacia la figura que había aparecido a su espalda. Su madre la miraba con la misma sonrisa de orgullo que ponía cada vez que estaban juntas. En esta ocasión había algo distinto. Sus sonrisas habían tenido siempre un punto amargo, como una melancolía permanente. Pero esta vez era de felicidad pura.

—Te he echado de menos, mamá —dijo Pilar.

—Yo también, mi pequeña... Pero no temas. Ahora estás conmigo y nos quedaremos juntas para siempre.

Madre e hija se sonrieron de nuevo y regresaron a la tarea.

—Para siempre... —repitió Pilar, sintiendo que era lo correcto.

David entró en la casa con el corazón latiendo con fuerza. Tenía que encontrar a Pilar y largarse de allí cuanto antes, aunque tuvieran que andar toda la noche bajo la lluvia y pasando frío. Cualquier cosa mejor que estar en aquel sitio. Volvió a recorrer las habitaciones de la planta baja, sin éxito. Ni siquiera había encontrado la ropa de su novia en el cuarto de baño. Estando en el pasillo, decidió inspeccionar la planta de arriba.

No había ni rastro de Pilar. Regresó a la parte de abajo y vio la puerta principal entreabierta. Quizá, mientras estaba en el jardín trasero, ella

no lo había encontrado y probó a buscar fuera de la casa. David se dirigió a la entrada. Conforme se iba acercando, empezó a encontrarse mal.

El brazo empezó a dolerle mucho. Tanto que tuvo que sostenerlo en cabestrillo. Estaba mareado y una cojera lo ralentizó, pero finalmente pudo llegar a la puerta. Fuera había empezado a llover de nuevo. Antes de salir miró hacia atrás una vez más. Las luces de las habitaciones estaban apagadas. De repente, hacía más frío. Solo el pasillo continuaba iluminado.

Lo último que David pudo ver antes de salir aterrorizado fue al perro, sentado al final del pasillo. Tras él, dos figuras. Por su cabeza pasó que se parecían mucho a sus padres, pero no los de ahora, sino los mismos que salían en aquella foto tomada tantos años atrás. Parecían llamarlo, pero él no hizo caso de sus gestos y salió.

Cayó de bruces al suelo. El barro del carril se mezcló en su rostro con un hilo de sangre que brotaba de su frente. El brazo le ardía y le faltaba el aire debido a un fuerte golpe en el estómago. Se arrastró un poco para alejarse de la casa. Con dificultad, se incorporó y, antes de regresar al coche, se giró para ver si alguien le seguía. Al volver la vista no encontró ninguna casa.

Estaba en medio del carril. Su coche se había estrellado contra un árbol, pero no recordaba que el impacto hubiese sido tan grande como para

haber destrozado la parte delantera. Él había salido del vehículo. Confundido, miró a su alrededor. Aquella zona no se parecía en nada a la que recordaba cuando habían tenido el accidente. Inspeccionó el vehículo y entonces la vio.

La chica estaba dentro. El airbag no había saltado. Se había dado un fuerte golpe en la cabeza y estaba inconsciente. David reunió fuerzas de donde las había para ayudar a su Pilar. El costado le dolía mucho. Se palpó y encontró la caja del anillo con el que iba a pedirle matrimonio. Al caer encima con tanta violencia le había roto una costilla, pero no le importaba. Necesitaba llegar a Pilar.

Un desgarrador grito de dolor fue la primera respuesta cuando comprobó que la joven no estaba inconsciente, sino muerta. Las lágrimas empezaron a brotar con furia.

La imagen de su novia muerta entre sus brazos lo acompañó para siempre. Su único consuelo fue que, a pesar de que la fuerza del golpe había causado graves heridas en su rostro, la expresión de Pilar era relajada. Como si estuviese en calma.

Con una sonrisa muy amplia y los ojos entrecerrados.

Índice

Introducción	11
El Retrato	39
Noche de muertos	73
Al caer el telón	89
Lágrimas sobre el teclado	125
La leña	143
Pide un deseo	157
El Dios Solitario	205
La casa	217
El último viaje	247